

Otras semiverdades

JULIO ALMEIDA *

Fuera de España, el “don” no existe

Ciertamente, nadie antepone el “don” al nombre masculino de pila por ahí fuera, como veníamos haciendo nosotros desde hace siglos para distinguir a algunas personas, excepción hecha de algunos lugares de Italia, precisamente por influencia de la dominación española; pero lo que ha solido y suele usarse con naturalidad, sin afectación, es “señor” con el apellido: *Monsieur Dupont*, *mister Jones*, *Herr Müller*, *signore Moretti*. En Portugal, siempre tan cumplidos, nos asombra el *Excmo. Sr.* en la cuenta del hotel. Ahora bien, *don* (del latín *dominus*) significa señor. “Título honorífico y de dignidad que se daba antiguamente a muy pocos, aun de la primera nobleza, que se hizo después distintivo de todos los nobles, y que ya no se niega a ninguna persona decente”, leemos en la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* (1918-1930). En el siglo XIX el don se otorgó a los bachilleres. Y sobre todo: “Actualmente no se niega el don a ninguna persona bien portada”. Aun sin bachiller, el don le cuadra a la persona decente que se porta bien: no se da gratis. En 1575 Lorenzo de Cepeda, que había sido encomendero en el reino de Quito, volvió a España, y empezaron a darle el tratamiento de *don*.

A Teresa le disgustaba que su más querido hermano recibiera el don, por entonces un privilegio de caballeros, dice Amado Alonso, que no alcanzaba a los hidalgos; pero la santa escribe desde Sevilla a su sobrina la M. María Bautista, priora en Valladolid, como justificándolo: “Todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá” (carta 102 en OC, pág. 974). Un año después de esta carta de 1576, en las *Moradas*, la santa definió famosamente que la humildad es andar en verdad.

Por tanto, si fuera de España no se dice don al varón con el nombre de pila, se usa con el apellido, que es lo mismo, incluso con el oficio o cargo; y lo propio vale para las señoras. Varios años fui yo *Herr Lehrer* en dos Estados de Alemania (lo que allí significa más). Un buen día llegó a la escuela el señor obispo de Münster, *Herr Bischof*; dirigía la sesión un director profesional, *Herr Rektor*, fuera de la sala vigilaba *Herr Hausmeister*... ¿Por qué eso, aquí, apenas es posible, como si no hubiera habido revolución que elevara a todos al rango señorial? ¿Hay solamente el señor alcalde, el señor obispo y el señor cura; antaño, a falta de otras gratificaciones, el señor maestro y alguno que otro más? ¿Por qué se asombran cuando decimos “Sí, señor”?

* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba

En un artículo mío, un periódico suprimió el “señor” al obispo de la diócesis, a quien dejamos en cueros democráticos.

Nuestros estudiantes nos comunican que en la escuela decían *don* y *doña* a sus maestros, y así continuaban diciéndoles; pero que en el instituto fueron invitados por algunos profesores a jubilar los viejos *dones* y les impusieron el tuteo mutuo... ¡Adiós! El troquelado se les está quebrantando y los adolescentes se desquician en sus años mozos. El curso breve del instituto —con directores de quita y pon—, los padres idos, el botellón franco y al fondo una televisión que a los cincuenta años se ha convertido en madre putativa y maestra de chabacanerías, hacen lo suyo por una educación que no se parece a ninguna otra. Que para los jóvenes la conjunción de factores en su singular caverna resulte lo normal, es lo más estupefaciente. ¿Qué diría Platón de estos cavernícolas posmodernos? Yo les aconsejo que viajen al exterior y que lean buenos libros, que no se “embotellen” (aborreguen) con nocturnidad y alevosía. Pero no suelen tener curiosidad; tampoco se lo facilitan unos horarios tremebundos y un aire público hostil, y respetar las reglas y cumplir las normas —de caligrafía o de ortografía, de urbanidad o de tráfico...— les parece absurdo: a tal punto llega su anomía. Digo que a muchos les parece inaceptable el sistema entero de normas, no el incumplimiento esporádico de alguna de ellas, cosa que habremos hecho todos en ocasiones. Estamos pues fabricando unos jóvenes extraños, exentos de superyó, que viven juntos y pegados a su móvil: no vayan a pensar algo por su cuenta, fuera de la tribu de iguales, lejos de su *peer group* o *youth subculture*, que dicen en Estados Unidos; y los respetuosos que sobreviven a la catástrofe hablan con temor, sin atreverse en público a usar unos códigos que han sido vigentes durante siglos y que aún vigen (aunque no lo sepan) entre jóvenes de otros países. Los más decididos aparecen indispuestos, como manifiestan sus ojos desfachatados, sus caras pintadas o sin

pintar; entran y salen de nuestras clases numerosas refractarios a toda disciplina, y si acaso dejan vivir a los entusiastas, intentan disuadir a la mayoría de entusiasmables. No pocos tienen toda la traza de haber hecho voto de ignorancia, y los más ignorantes hasta se atreven a considerar el “respeto” como palabra gastada, como actitud que ha pasado a la historia. Van listos.

Para que nada falte en este IV centenario, alguien ha propuesto modernizar la prosa del *Quijote*. No hace mucho, el Gobierno socialista preparaba el terreno quitando excelencias en su opinión periclitadas. ¿Pero qué habrá que modernizar, más allá de alguna nota a pie de página? ¿Le quitaremos el don al caballero, y los sabrosos diálogos que se traen don Quijote y Sancho serán aplanados por el confianzudo tuteo? A fin de cuentas —se dirá—, ya se conocen desde hace cuatrocientos años y Cervantes aguantaba lo que le echaran.

Los españoles no sabemos conducir

A juzgar por la cantidad de nuestros accidentes de tráfico, esta parece una verdad incontestable, porque muchos conductores jóvenes (decíamos, pero también mayores) ignoran a conciencia las normas claras del código de la circulación. Y más allá o más acá de las estadísticas, nuestra experiencia inconfundible, cuando hemos atravesado la dulce Francia, es que se conduce regular; al entrar en la península Ibérica aumentan las probabilidades de que nos crucemos con listillos que contravienen las normas. Medio francés por su familia y por educación, en viaje por Francia en 1967, Adolfo Bioy Casares, que había comprado un Peugeot, tranquilizaba a su mujer y a su hija, inquietas en Buenos Aires: en Francia saben conducir. “Como los chicos de la playa todos son civilizados, andan despacio, respetan hasta lo increíble las reglamentaciones del tráfico y ni ebrios ni dormidos olvidan la prioridad de la derecha” (*En viaje*, 1997, pág. 34). Sólo cuando cruzamos la raya portuguesa comprobamos, ay,

Portugal, que a todo hay quien gane. Recuérdesse la distinción observada por Ortega —en artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, el 10 de marzo de 1935— entre los funcionarios alemán, francés y español o argentino.

Bueno, muchachitos que se acostumbraron a no poner los puntos sobre las *íes* y las *jotas*, por ejemplo, que ignoran los acentos y otras puntualidades, ¿por qué van luego a señalar con la luz intermitente que cambian de dirección? ¿Y para qué mantener la distancia de seguridad, si en el instituto se les propuso lo contrario y si pueden salir de casa y volver sin limitaciones? *Distinge tempora*, claro, pero si la lengua madre también se abandonó, ¿para qué distinguir de tiempos y de situaciones, si no hay nada que concordar? Por lo demás, ¿qué es eso de la sintaxis? Una facultad del alma —digamos con Valéry— ordenada o caótica. (Yo creo que la gente conduce como es, no peor, amparada en el anonimato, según se dice.) ¿Y por qué no sobrepasar los límites de velocidad añadiendo una copa de más, si hasta los *pubes*, actuando en comandita con los jóvenes, quieren cerrar cuando les parezca?

A eso voy. Las cifras de nuestros accidentes de tráfico, escalofrantes cuando se comparan con las de otros países, lo dicen casi todo. Con menos automóviles que Italia o el Reino Unido, que Francia o Alemania, sufrimos más mortalidad que ellos. El Anuario Estadístico de la Dirección General de Tráfico de 2004 contabiliza un total de 4.741 víctimas mortales en accidentes: 688 menos que en 2003. En el primer semestre de 2005 hemos seguido bajando; han sido 1.550 las víctimas, lo que significa que pasamos de trece a ocho muertes diarias. Esta es la penúltima noticia por el momento, mejor que las anteriores, pero aún estamos lejos de lo que debe ser. Y el lector sabe por qué tan notable disminución, aún insuficiente. Estamos intentando poner fin a la impunidad, una impunidad antigua que trasciende regímenes y

gobiernos y parece connatural con la vida española. Pues bien: “Se ha acabado la impunidad con los excesos de velocidad. Va en serio. Que no se diga que no se ha avisado a la gente”, proclamaba con énfasis el director general de Tráfico, Pere Navarro, en los telediarios el 1º de julio de 2005. Ya era hora. Ha bastado un poco de control, algunas pruebas de alcoholemia, y la carretera empieza a dejar de ser un circuito para dementes; al bajar la velocidad, los muertos son menos. A primeros de setiembre se confirma: en julio y agosto fallecieron 666 personas, 45 menos que en el mismo periodo de 2004. Los cinturones de seguridad (que no usaba un tercio de los muertos) hubieran salvado cien vidas, dijo Navarro.

Cuando el viejo Madariaga (frente a Maravall, que los había considerado míticos en 1963) quiso mostrar en 1964 la realidad de los caracteres nacionales, que él percibía con viveza, a los que había dedicado un libro en 1928, preguntó entre otras cosas: “¿Por qué son los alemanes incapaces de desobedecer las leyes, aun malas, y los españoles incapaces de obedecer las leyes, aun buenas?” (*Revista de Occidente*, 16, julio 1964; el artículo fue incluido luego al final de *Ingleses, franceses, españoles*). Mientras las ventas de coches siguen batiendo marcas en España, parece obvio que los alemanes obedecen las leyes porque saben que serán castigados cuando las infrinjan; allí no se andan con subterfugios, y esto no es natural, sino histórico y social. Y es obvio que algunos españoles las infringen a placer porque conocen bien —o conocían— la impunidad establecida por una larga costumbre. Sin duda una mayoría considerable conduce bien, y seguramente los españoles que viven en Francia, en Suiza o Dinamarca conducen a la manera de ellos, y nunca peor, por la cuenta que les tiene; pero aquí hemos de ver todos los días infracciones impunes, leves o graves, que sonrojan verdaderamente; y así, donde está prohibido estacionar, vemos todos los días coches aparcados en doble fila;

sería más lógico quitar el disco. Entonces, la mala conducción de tantos, ¿a qué se debe: es carácter nacional, o más bien, como tronaba Joaquín Costa, desorganización organizada desde arriba? Probablemente la desorganización se consensúa también desde abajo. ¿Pues qué quiso decir Heráclito cuando afirmó que “el camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo”?

Desorganización es también lo que sigue a los accidentes. Mientras en otros países han ordenado las emergencias médicas con el número 112 y se atiende con rapidez a los heridos, en España coexisten diversos números, lo que confunde por necesidad y lentifica la atención médica. No es peor nuestro médico, por consiguiente, sino nuestra complicada burocracia. Recordemos la definición de ley de santo Tomás de Aquino: Ordenación de la razón dirigida al bien común...

Los extranjeros se meten en la cama a las seis o las siete

Parece mentira, pero esto se oye todos los días entre burlas y veras. Más que una verdad parcial es una exageración graciosa (como la muerte de Mark Twain, cuya esquela leyó en un periódico), un verdadero disparate. Cuando se lo cuento a ellos, se quedan de una pieza. Es verdad que se meten en casa “temprano”, algo que ya quisieran para sí muchos españoles (que prolongan su jornada laboral interminablemente), acaso para tener más de un hijo y ocuparse luego de ellos como Dios manda. Es evidente que fuera de España no tiene vigencia social el maremoto que nos gastamos a este lado de los Pirineos, y que madrugan desde niños. En 1920 Alfonso Reyes habla de una novelista de nueve años: Daisy Ashford. Por lo visto, “la metían en cama todos los días a eso de las seis”, y ella bien que aprovechó el sueño reparador. Porque aquellos niños suelen dormir las nueve o diez horas preceptivas, pero los nuestros son acostumbrados desde bebés a

dormir menos. Como se sabe y se olvida, más de la mitad de los escolares hispanos andan faltos de sueño; he ahí otra causa de fracaso escolar, otra pulga que engorda a costa del perro flaco de la educación en España: de la educación, creo yo, más allá de la ley. Desde la ley general de Educación de 1970, punto de inflexión en varios sentidos, ¿no se ha agravado el problema? Con tal aprendizaje alucinatorio, no es de extrañar que muchos se echen una cabezada al volante y maten a unos cuantos de los suyos o de los que pasan; tampoco extraña que al despuntar el alba nuestros estudiantes aparezcan en clase con aspecto de estafermos; si aparecen, porque ahora priva no asistir a clase y estudian con apuntes ajenos, con fotocopias de libros, ¿qué más les da?

Para ciertos españoles, meterse en casa significa meterse en la cama, confusión freudiana o algo más grave. Creen algunos vagamente que los días ingleses son más cortos, que anochece a las tres y media; pero esa es la verdad solar de diciembre, porque en junio, cuanto más al norte, más tarde se pone el sol; entre los equinoccios de primavera y otoño —el astro vertical entre el Ecuador y el trópico de Cáncer— el día nórdico perdura más que el nuestro y la noche pasa pronto. ¿Cómo se puede vaciar la personalidad hasta el punto de identificar la casa, la máquina de residir de Le Corbusier, con la cama? En fin, si el inglés considera su casa como castillo (My home is my castle, dicen), muchos españoles, habitantes en los bares más numerosos y concurridos de la Unión Europea, pensarán más bien: Mi casa es mi dormitorio.

“Disuadir del consumo del alcohol y del tabaco es de izquierdas”

La frase va entre comillas porque, como se recordará, la pronunció el señor presidente del Gobierno a la vuelta del verano con la intención de subir un poco los impuestos correspondientes: lo que se hizo en seguida, por real decreto, el 16 de setiembre. ¿Pero por qué de

izquierdas? ¿Porque lo dice él? Imagínese que esto lo hace un Gobierno conservador. Muy probablemente, la oposición de “izquierdas” largaría que “disuadir del consumo del alcohol y del tabaco es de derechas”, porque es lo que les queda a los pobres, etcétera. De manera que mantener el alcohol y el tabaco tan baratos (como sucede en España de antiguo), según quien gobierne, según quien se oponga, puede comentarse sin consideración a la verdad. ¿No sería mejor decir, y no hace falta remontarse a san Pablo, que disuadir del consumo del alcohol y del tabaco es saludable? Pero tampoco estaría bien, porque si el tabaco daña (¡cuánto molestaba al doctor Marañón, ex fumador, ver a alguien fumando!), el vino y el whisky son buenos si se beben moderadamente.

Dicho esto, me parece injusto que el fumar y el beber sean en España tan asequibles, tan fáciles. (Recuerdo, niño, las bodas en mi pueblo: a los postres había que coger el cigarro a la fuerza, no valía negarse.) Por ello, elevar tales impuestos estará siempre bien, sea de izquierdas o de derechas quien se atreva a dar ese paso tan aparentemente impopular; sobre todo, parece de sentido común subir los impuestos indirectos en los bares. Como estará bien, *last but not least*, la decisión del Gobierno británico que ordene conducir por la derecha, aunque pierda las elecciones luego.

A manera de conclusión

Estamos hablando de verdades parciales, de asociaciones arbitrarias, de caprichos verbales, de semiverdades falseadoras que pueden ser peligrosas. Hasta hace unos años el tabaco se asociaba a la virilidad, al macho, pero hoy fuman más las jovencitas que los jovencitos y la vieja comparación de fumar como un carretero hace sonreír (porque fumar es femenino hasta en los hombres más empedernidos, apuntaba Corpus Barga entre paréntesis). Pero vayamos lejos para tomar perspectiva con una caprichosa asociación. En la

Antigüedad —cuenta Hipócrates y recoge nuestro Juan Huarte en 1575— hubo un linaje de hombres “que, para diferenciarse de la gente plebeya, escogieron por insignia de su nobleza tener la cabeza ahusada; y para hacer con arte esta figura, en naciendo el niño tenían las comadres cuidado de apretarle la cabeza con vendas y fajas hasta imprimirle tal señal” (*Examen de ingenios para las ciencias*, pág. 247). Parece ridículo que los antiguos incurrieran en convención tan tonta, pero por los mismos años que el doctor Huarte de San Juan, el joven Inca Garcilaso de la Vega, coetáneo del navarro, recibió en la casa del Cuzco de su padre a varios sobrevivientes de la expedición de Hernando de Soto a la Florida; le pidieron que contara su historia, le dieron noticias, le rogaron. Hijo de español e india, Garcilaso se avecindó en Montilla y no se hizo rogar; finalmente *La Florida del Inca* salió en Lisboa en el año de gracia de 1605. Pues bien, al hablar de los indios de la provincia de Tula, dice que son, “así hombres como mujeres, feos de rostro y, aunque son bien dispuestos, se afean con invenciones que hacen en sus personas”. O sea, como ahora. “Tienen las cabezas increíblemente largas y ahusadas para arriba, que las ponen así con artificio, atándoselas desde el punto que nacen las criaturas hasta que son de nueve o diez años” (*La Florida del Inca*, IV, XIII). Formando grueso tomo con los Comentarios reales, con introducción y notas de Mercedes López-Baralt, Espasa Calpe publicó una cuidada edición en 2003.

Según Auguste Comte, el espíritu humano habría pasado por tres estados: teológico, metafísico y positivo; el hombre parece teólogo en la infancia, metafísico en su juventud y positivo en la edad adulta. Pero esta ley, que él estimaba definitiva, no lo es tanto, hace agua por todas partes, y si los antiguos “teólogos” disparataban a su modo, nosotros no dejamos de desvariar, ayudados en nuestro tiempo —como dice Marías— por los medios de comunicación, o de confusión, y la publicidad; en *La fuerza de la razón*, el maestro insiste en ello. En

castellano medieval podemos leer, en *El conde Lucanor* del infante don Juan Manuel, el ejemplo XXXII, que habla en cuatro páginas “De lo que contesció a un rey con los burladores que fizieron el paño”. En otras naciones también conocen la historia. Cuando comienza el siglo XXI, otros burladores contumaces siguen urdiendo paños sutiles que sólo ven quienes parecen dispuestos a dejarse engañar. ¡Pintar como querer!

(ensimismados en sus asuntos) no necesitan alterarse con un maremoto cada día.— No fumar es saludable, como es bueno beber moderadamente—.

Concluyamos precisando este muestrario de semiverdades, que inicié en el número 137 de *CyR*. A decir verdad, en la vieja piel de toro, los aficionados a la fiesta nacional son muy pocos.— Los moros estuvieron ocho siglos en Granada, pero cinco en Córdoba, menos de cuatro en Toledo, ni una semana en Asturias.— Los escolares alemanes (hasta los 19 años, cuando terminan el instituto) tienen seis semanas de vacaciones en verano.— La luna fascina a todos los hombres que tienen ojos en la cara y algo en el corazón.— Andalucía es de cine, como Galicia o Cataluña, como Portugal o Francia, como tantos lugares.— Los profesores universitarios españoles andamos sobrecargados, y los estudiantes (hasta que entremos en razón por el ancho europeo de Bolonia) más todavía.— En casa se puede trabajar mucho, si nos dejan en paz los que quizá no tengan espacio en la suya o imaginación para poblar sus ocios.— Es mentira que a la gente le guste el hilo musical atronador constante, opio posmoderno que contamina a los españoles y a quienes nos visitan.— Los gitanos, como nuestros mayores todos, fueron otras cosas, pero en el futuro serán lo que ellos quieran, no necesariamente chalanés ni farrucos.— Desde luego, no por mucho trasnochar se parece más moderno.— Fuera de España se usa el *don* afablemente, es decir, el *señor* con apellido u oficio.— Los españoles conducimos tan bien como los demás, acaso mejor, a juzgar por los miles de kilómetros que hacemos sin que nos pase nada.— Los extranjeros se meten en casa temprano, sí, en casas espaciosas, donde hay menos gente, porque madrugan y porque